

triunfos amorosos, había llegado a conocer el hastío, y ahora él, no su cuerpo, sino su obra, su verdadero yo, le había eclipsado en el corazón de su novia. Conseguía despertar en el alma de esos seres cuyo afecto, tan ansiado, le estaba vedado para siempre, afanes y emociones que Tomás, impotente para producirlas, no provocaría jamás en ninguna de tantas mujeres prendadas de su belleza. Un alma femenina vibraba al contacto étéreo y distante de la suya, y el fruto maravilloso de este milagro lo recogería un hombre simple; un cerebro estéril; uno de esos seres bellos, por casualidad, tan odiados. Tomás y Matilde se querrían y se casarían; él se interpondría en su cariño y ella lo ignoraría siempre.

Descubrir la verdad equivalía a deshacer el encanto producido en Matilde: su obra maestra. Todo terminaría en una frase sencilla y cruel. ¡Ah! ¿Pero el autor es ese jorobadillo? Y luego un pensamiento callado, pero seguro, fatal: «¡Qué pena y qué asco!»

—Para que Matilde no dude que soy el autor de «Andrea» me habré de presentar en todas partes como el escritor Víctor Fidel.

—No será difícil. Muy pocas personas me conocen aún, y esas podrán creer que soy tu secretario. Tú vendrás a buscar los originales, y nadie me verá más.

Bernardo, allí encerrado, daría vida a personajes extraordinarios, escribiría, y Tomás se coronaría con sus laureles, gozaría del cariño y de la admiración de su mujer, pero todo lo purgaría con el desprecio de sí mismo que no podría dejar de sentir al verse a solas con su conciencia.

—No creas que deseo usurpar tu gloria —dijo Tomás, adivinando los pensamientos de su antiguo condiscípulo—; si quieres, mañana mismo le digo a Matilde...

—Respetas tu ilusión. ¡Te lo suplico! Yo terminaré mis días en este encierro y evitaré a todos el espectáculo de mi fealdad.

Entre el goce de una gloria merecida y la única manera posible de cultivar aquel sentimiento, atribuyéndose un cuerpo hermoso que mostrar y dándose luego en sus obras, había elegido sin vacilar. Amaba, en Matilde, a la mujer. Merced a aquel artificio se le ofrecería incorpórea en sus lecturas. Matilde le amaría en sus obras a través de otro cuerpo. No moriría él ignorando el Amor. El ser es pensamiento y voluntad; el cuerpo no es sino un préstamo de la Especie, sometido a su capricho.

Matilde, tan semejante a Andrea, no podía amar a Tomás. Admiraría su belleza física, pero amarle... No. Y si ahora le amaba, bajo el influjo de la suplantación, tal sentimiento le pertenecía a él.

\* \* \*

Azules trasparencias, rayos de oro, nostalgia de grandezas, indolentes contorsiones de esclavas. «Granada», de Albéniz, fluía líquida y llorosa de los dedos de Matilde. La sangre que Andalucía le infundiera a través de sus abuelos, cantaba en la melodía y lloraba, en sus ojos, amores perdidos. El pensamiento vagaba insumiso. Nunca comprendería la inexplicable paradoja de Tomás. Su marido era una contradicción viviente de sus propias obras. Aquel hombre vano en sus inclinaciones, ligero en sus juicios, ocultaba en su indiferencia hipócrita una agudeza que penetraba hasta las profundidades más escondidas del alma femenina. Para trabajar se había de sumir en el más completo aislamiento. Lejos de todo, de su propio hogar, descubriría y daría libertad a su otro yo, al que había ido registrando, sin mostrarse, sus observaciones, al pasar por la vida oculto tras el hombre que ella conocía y detestaba.

Nada sabía Matilde de la obsesión que atormentaba a Tomás. El supuesto

escritor se había convertido en cómplice de su propio rival, en el artifice de su desgracia y de su deshonra. El cariño de su mujer le aparece como una infidelidad constante. El otro le dedica a ella sus más bellos pensamientos, a través de él, ambos se entienden y se aman. Su despecho, su ira, se manifiestan, a menudo, en bruscas repulsas y explosiones de mal humor que inquietan y desconciertan a Matilde. Vive presa de oculta amargura, sólo comparable a la del jorobado solitario y sublime.

Tomás, en el paroxismo del dolor, ha decidido poner punto final a su tormento. No reparará en aceptar que Matilde y el mundo conozcan el ridículo de su falsa gloria. Bernardo no tendrá más remedio que aprobar su propósito de confesión.

\* \* \*

—Hace años acepté, por complacerte, una suplantación que vengo representando con la vergüenza del que se muestra en perpetua comedia, con la zozobra del que vive en engaño constante. Me atribuyes tu obra, y yo, en cambio, te he cedido mi pensamiento, mis amores, mi vida entera. Todas mis emociones, los afectos que inspiro, te pertenecen y van destinados a ti. En este cambio tú no has ganado nada y yo lo he perdido todo. Vives en mi cuerpo y a costa de mi dignidad una vida intensa de gloria y de amor de la que no puedes gozar. En este calabozo te consumes imaginando el triunfo de tu alma en mi cuerpo. Entre tanto, yo sufro, y mi resistencia ha llegado al límite. Confesaré la verdad a Matilde y al público y gozaré de lo que me quede del amor de mi mujer y de la simpatía del prójimo. Quizá no será mucho, pero me pertenecerá de una manera legítima.

Bernardo Maniel, al escuchar a su amigo, respiraba con dificultad. Un bracillo escuálido y amarillento aparecía entre las sábanas. Una mano desmesuradamente larga soportaba en los nudillos, por la sien, el peso de una cabeza deforme. Los ojos enormes, entornados por la fiebre, se iluminaron. El había vivido un tormento simétrico al de su amigo.

Tienes razón —contestó—; vuelva a mí lo mío y quede en ti lo tuyo. De Matilde te quedará el amor fisiológico; a mí, su aversión y su repugnancia.

\* \* \*

Tomás, por la mañana, en el Retiro, contemplando absorto los niños y los pájaros, bañado en luz de sol, pasea su emoción velada por las sombras de la muerte. Va a descubrir a Matilde la farsa, con estoicismo más heroico que si la confesión pudiera dignificarse por ser voluntaria. Ahora la exigía la muerte del escritor. Había ido aplazando el duro trance, pero ya no vacilaba en arrostrarlo. Había pasado la noche despierto, tenía el pensamiento cansado, la voz enflaquecida. Dormiría después del almuerzo y al despertar, ya más dueño de sí, le abriría su alma a Matilde.

Almorzó sombrío, y ella respetó su silencio. Los escritores, en tales momentos de tétrica melancolía, tienden las bases de sus obras maestras. Tomás, durante el almuerzo, no había pronunciado ni una palabra. Matilde, resignada, le vió salir silencioso del comedor para encerrarse en su despacho. Una vez allí, Tomás cerró las contraventanas, se arrellanó en un sillón y, a los pocos minutos, entraba con gradación rápida en un estado de parálisis, de relajamiento de la sensibilidad con pérdida de la facultad de dirigir el pensamiento tan vivo y concreto que no podía admitir la idea de hallarse durmiendo. Vió con sorprendente claridad el perfil inarmónico del jorobado; oyó su voz. Bernardo, enseñándole el índice con ademán enérgico, le decía: «No digas nada y continúa mi obra.»

Se despertó bruscamente. El consejo que acababa de escuchar en sueños se le imponía con evidente lógica. Se sentó a su mesa y comenzó a escribir.

Llevó fielmente al papel su vida, la de Bernardo Maniel, el tormento de ser genial y monstruoso. La amargura de un cuerpo bello que ha usurpado un alma sublime. Una apostilla final daría fe de la verdadera personalidad de Víctor Fidel.

\* \* \*

El estilo de Víctor Fidel ha alcanzado la mayor nitidez en su última obra. En «Cuerpo y Alma» se aprecia un conocimiento extraordinario del alma humana, un profundo análisis de los caracteres, claridad lógica y amenidad incomparable.

Tales fueron los conceptos de la crítica.

